

Sixto C. Martelli

Malicias de Buenos Aires

(Concéntricas)

A Domingo Melfi, chileno.

El revolucionario

El solista de los autodiálogos de quiebra, distraído y jugando, escarbadiantes en los cafés es un hombre indudablemente sospechoso. Es seguro que hay en él un resentido social, un disconforme, un revolucionario militante en potencia. Se delata él mismo en ese encono con que quiebra, feroz e implacable, todos los escarbadiantes a su alcance, como si fuera el espinazo mismo de la sociedad.

Conviene, pues, que la policía detenga e interrogue a esos solistas, enemigos del orden constituido, soñadores pestosos de utopías, que estudian estrategia y juegan a ejercicios tácticos, solapados, con mansos arsenales de escarbadiantes frente a una taza vacía. Y, sobre todo, conviene que vigile bien, que vigile siempre a esas nodrizas de las revoluciones que son los cafés . . .

La oreja del público

—¿Cómo haré yo para ganarme la Oreja del Público?—se decía el «speaker» que llegó de provincias, antes de su debut.

Y adiestrándose frente a los micrófonos, oídos vacantes, desconectados de la estación durante las horas muertas, iba sacando de su equipo de voces la más atemorada, la con más sordina de emoción, la con niebla más embustera de llanto, la voz de pedir prestado, la de transmitir alegría en Miércoles de Ceniza, la de dar a los ateos la extremaunción por sorpresa . . . Y muchas, muchas más se ensayó sin que pueda yo recordarlas ahora en esta glosa. Lo que sí no olvido es el noble deseo, la suprema aspiración del pobre «speaker» de caer parado en la Oreja del Respetable Público, congraciarse con ella con sus gustos—tan poco vulgares . . .—mecerse en sus vaivenes y, para decirlo de una vez, mimárselos con deliciosa medianía de una manera eufónica.

Tanto, tanto revistó sus voces que ahora prosigue los ensayos en el Hospicio de las Mercedes.

Esponsales

Se me apena más la risa cada vez que en la noche del sábado veo grotescos coches de dolientes, disfrazados para esponsales, conduciendo a los novios. Parece que asistieran, encabezándolo, a su propio entierro más que al de su soltería. Van allí dentro un poco perdi-

dos, encandilados, entre tanta blancura y luces crudas, cumpliendo la penitencia de exhibirse con una «pose» de seriedad y de empaque para ser estrenada al primer día de enojo en su Luna de Miel.

Son esos novios los dos maniqués que sacan a desapolillar un viejo traje romántico de costumbres y rematan la semana con la risueña estampa de su candor, que llevan después hasta la fotografía para poder dictar un ejemplo que alcance hasta los nietos.

Esa publicidad de esponsales ilumina la noche del sábado y le comunica al barrio, congestionado de bostezos, una alegría auténtica de escaparate circulante, además de traerle una verdadera lotería de casorios.

Para que sea más completa la estampa, para dotarla de un tilde lírico, de una delicadeza que le falta, yo propongo que el cochero gobierne a sus caballos enarbolando, en vez de una fusta, una rama florecida de azahar.

El librero

Se había ido sepultando en libros. O, más exactamente, estaba enterrado vivo en la librería.

El polvo del tiempo y de las palabras inútiles de las tertulias de otros días y de las que iban dejando caer los clientes más difíciles, ese veneno tan sutil y tan adherente, sudario finísimo que le consentía a los libros, se le fué colando también a él por los poros del cuerpo, atiterrándolo sin remedio hasta enseñoreársele en las desveladas estriás del alma. Amortajado en vida,

desubstanciado, descarnado hasta llegar a parecerse a un tomo cualquiera en 8.º, apenas podía despabilar un ojo para mirar, tibio e indiferente, las cosas de fuera del dintel de la librería, mientras con el otro vigilaba el negocio.

A veces se le encendía un poco el rostro de codicia —amarillento de manchas ferrosas y mordido también como el papel por los óxidos del tiempo—cuando alguien indagaba su opinión acerca de una novedad libresca se las componía de tal manera, al afilar sus juicios en los lomos más lucientes y autoritarios, que terminaba por adelgazarlos en el bolsillo del cliente.

Su escasa curiosidad y su ningún amor a los libros le salvó siempre de corromper su feliz ignorancia con ellos.

La perfecta enlutada

Había demasiada insolencia de turno, demasiado escándalo de carmín en las uñas de la joven viuda para ser perfecta enlutada.

El rojo tiene ciertos apremios vitales de onda corta y nadie juega a rizarle aun más sus rizos sanguíneos sin dejar algo en el juego.

Para llevar el luto verdadero, un luto perfecto durante una viudez «fresca y perfecta», a la que no se quiere privar de una discreta coquetería (tan necesaria como el aire para la tráquea de una bella viudez), hay que charolarse las uñas de negro . . .

Desinflando globos

Habría que emprender una campaña, comenzando por una ofensiva de prensa, destinada a desinflar frases hechas... Tan enrarecido está el aire con ellas, que si el municipio decidiese, en un difícil rasgo de oficial ironía, colgar en las calles durante las grandes festividades, bonitas frases hechas en vez de lámparas eléctricas, la ciudad se alumbraría con luz de farolitos chinos.

Cuanto antes conviene que nos rasuremos las frases hechas. Hay que ir apeándose de esa cómoda haraganería del pensamiento, de esa consentida vanilocuencia que nos conduce a capricho por vías ajenas hasta unas muletas irremediables de pereza.

Muchas veces habrá que operar en vivo para salvarnos de la inflación y parálisis que ellas nos traen y del pavoneamiento y la muelle solemnidad de tantos lugares comunes encumbrados en palabras. Pero mucho, muchísimo más fructuosa será la campaña si se logra excitar a la Academia Argentina de Letras para que, previo a todo, engendre un departamento de estadística capaz de levantar el censo general de frases hechas de la República. Recién después de los cálculos, mapas, clasificación correspondiente, la emérita Academia, sin arredrarse por la densidad asfixiante, anonadadora de las frases, citará a solemnes sesiones públicas extraordinarias y hará con todas un ejemplar e higiénico neauto de fe. A cada frase del fichero estadístico corresponderá una cerilla de guardia y a una señal del pre-

sidente, por turno los académicos irán encendiendo con ellas la Noche de San Bartolomé de las Frases Hechas . . .

Fortuna del que madruga

Es sabido que «al que madruga Dios le ayuda». Sólo a los hombres madrugadores les ha sido concedida la visión inefable, al final de cada verano, de las innúmeras bandadas de «ranchos» emigrando hacia otros continentes en busca de climas más cálidos y propicios.

Es todo un premio que nos llevan los madrugadores este del vuelo limpio, alto, amplio de los sombreros de paja bajo el cielo.

A veces queda alguno rezagado de la columna migratoria y vaga, solitario, desteñido, desorientado, ya perdido entre otras aves oscuras y extrañas que llegaron con los primeros fríos del otoño. Es el blanco de las miradas y del alfilerazo de los comentarios mudos de los que no madrugan.

Yo propongo (¿me lo permite la Sociedad Protectora de Animales?) que en vez del tiro a la paloma —a las cándidas palomas— se inaugure el tiro al último rancho . . .

Plástica nueva

Cuando el buen Dios repartió sus dones entre los hombres su infinita misericordia traspapeló un olvido: el de colorearles las virtudes.

Un rasgo así de buen humor habría impuesto una auténtica alegría original, una suerte de felicidad impar, una fisonomía inequívoca a cada virtud. La distinción entre ellas, más certera, más óptica, más ortodoxa, aunque nacido de un capricho todopoderoso nos hubiera traído una plástica verdaderamente divertida de las virtudes.

Desde el color incierto, desvaído, insospechable, pasando por el más rotundo, crudo, eufórico, exaltado, suntuoso de gamas, hasta el más aureolado, inmaterial, subjetivo, bajo, sumergido casi en sombras, todos serían balcones para asomar su rostro difícil las virtudes. Con un color ya oficial, con un uniforme reconocido cada virtud—de onda corta u onda larga . . . —quizá tuviera un papel más atractivo, un desempeño más protagónico, un fervor más contraído, menos sigilo, menos misterio supuesto, menos orgullo de humildad, y hasta es posible que hallara más categoría en una mejor vida, muerte y resurrección.

La más cándida ilusión

Don No Hay Minuto Que Perder siente, también él, el reajuste económico del mundo: es ahora tan agudo su sentido de la economía, que adelanta el reloj para ahorrarse el tiempo . . .

De todos los candores del hombre de hoy, ninguno tan conmovedor—tan del niño de siempre que hay en el hombre—como ese gesto iluso del alma que apoya su fe en la noria con cuerda del reloj.

Aspiración

La ciudad aspira a tener un día su primer ministro perfecto.

No mirará de reojo la anécdota política que le trajo al primer plano de la actualidad, ni verá detrás el «film» alambicado de su carrera de obstáculos. Sólo le verá como lo desea.

Un poeta nuevo diría de él:

«Es tan claro de actos
que se trasluce íntegro».

Y un naturalista:

«Es la mosca blanca de más puras
y limpias elipses».

Al pie de una montaña de expedientes, fiel a sus méritos, fiel a sus deberes de prohombre, se irá desangrando en firmas, firmas, firmas... ¡Y la muerte se lo llevará un día, después de una gloriosa consumación por la patria!

Buenos Aires, 1936.